

I

Una mañana al despertarse Gregor Samsa en su cama de un sueño desasosegado, se vio convertido en un horrible insecto. Tendido sobre la espalda, dura como un caparazón, levantando ligeramente la cabeza veía su abdomen protuberante, pardo y con hendiduras que formaban como arcos y que, debido a su volumen, la colcha no lograba tapar. Sus numerosas patas, de una delgadez penosa en comparación con el cuerpo, se agitaban ante sus ojos sin que él pudiera controlarlas.

Pero ¿qué me ha sucedido?, pensó. No era ningún sueño. Su cuarto, una habitación normal y corriente de ser humano, quizá algo pequeña, seguía estando entre las cuatro conocidas paredes. De la pared, sobre la mesa en la que había desparramado un muestrario de tejidos —Samsa era viajante— colgaba la estampa que hacía poco había recortado de una revista y puesto en un bonito marco dorado. Mostraba a una mujer con un gorro de pieles, una boa y un pesado manguito también de pieles que ocultaba todo el antebrazo al espectador.

La mirada de Gregor se dirigió luego hacia la ventana, y el tiempo sombrío —se oía cómo las gotas de lluvia repiqueteaban contra la chapa del alféizar— le hizo sentirse completamente melancólico. ¿Y si sigo durmiendo un rato y olvido todas estas majaderías?, pensó, pero esto era del todo irrealizable porque estaba acostumbrado a dormirse del lado derecho, y en la situación

actual no podía ponerse así. Por más fuerza con que se lanzase al lado derecho siempre acababa basculando y volvía a quedarse boca arriba. Lo debió de intentar un centenar de veces, cerró los ojos para no tener que ver cómo se agitaban las patas y lo abandonó cuando empezó a sentir en el costado un dolor, ligero, amortiguado, que nunca había anteriormente sentido.

Dios mío —pensó—, qué profesión más agotadora se me ha ocurrido escoger. Viajando un día tras otro. Las tensiones profesionales son mucho mayores por ahí que si trabajas en la empresa propiamente dicha; y luego te imponen esta pesadilla de los viajes, la preocupación por los enlaces ferroviarios, la comida, mala e irregular, y el trato con la gente, siempre cambiante, nunca duradero, nunca entrañable. ¡Que se vaya todo al diablo! Sintiendo un ligero escozor en el abdomen, se incorporó lentamente por el cabezal para así levantar mejor la cabeza, encontró el

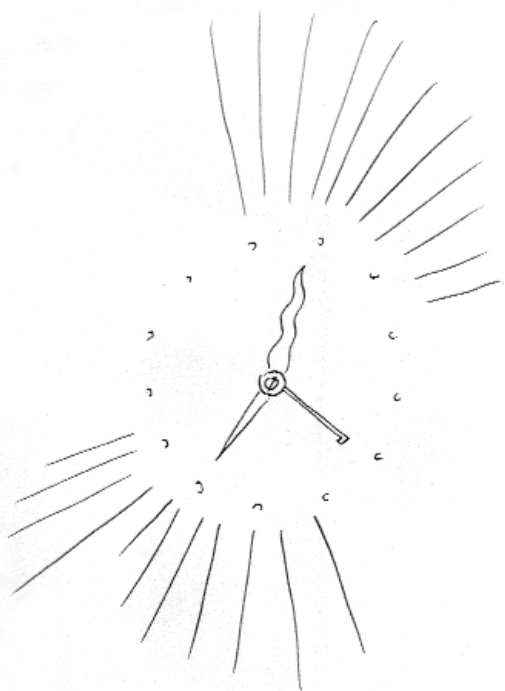
punto que le escocía, en el que se veían unas manchitas blancas que no acertaba a comprender; trató de tocarlo con una pata, pero enseguida la retiró porque al rozarlo sintió escalofríos.

Volvió a deslizarse para quedarse donde estaba. Este madrugar —pensó— le vuelve a uno tonto. Las personas tienen que dormir sus horas. Hay otros viajeros que viven como sátrapas. Por ejemplo, cuando yo vuelvo de mañana a la pensión para pasar los pedidos obtenidos, estos señores se acaban de sentar a desayunar. Si se me ocurre hacer eso con el jefe que tengo, me larga sin más historias. Aunque quién sabe si eso me vendría muy bien. Si no me contuviera, que lo hago por mis padres, hace tiempo que me habría marchado: me presentaba ante el jefe y le decía lo que pensaba de él. ¡Es que se caía del escritorio! Vaya que es extravagante eso de sentarse en el escritorio y dirigirse desde lo alto a los empleados, que, como él es duro de oído, tienen que

acercarse lo más posible. En fin, no hay que perder del todo la esperanza: en cuanto haya reunido el dinero para restituir la deuda que mis padres tienen con él —todavía me quedan cinco o seis años— lo hago sin falta. Entonces se acabó para siempre. Pero por el momento, me tengo que levantar porque el tren sale a las cinco.

Entonces miró hacia el despertador que hacía tictac sobre la cómoda. ¡Dios santo!, pensó. Eran las seis y media, y las agujas avanzaban en silencio; habían pasado de la media, se aproximaban ya a menos cuarto. ¿Pero no había sonado el despertador? Desde la cama se veía que la otra manecilla estaba correctamente colocada para sonar a las cuatro; seguro que había sonado. Pero entonces, ¿era posible haber seguido durmiendo tranquilamente a pesar del ruido que armaba, que hasta sacudía los muebles? La verdad es que bien no había dormido, pero probablemente por eso su sueño había sido más

profundo. Y ahora ¿qué podía hacer? El siguiente tren salía a las siete y para alcanzarlo tendría que correr como un insensato, las muestras ni siquiera estaban empaquetadas, y él mismo no se sentía especialmente despabilado y dinámico. Pero incluso si alcanzaba el tren no se libraría de que le abroncara el jefe, porque el mozo de la empresa seguramente le había estado esperando en el tren de las cinco y la noticia de su ausencia haría tiempo que la habrían notificado. Ese tipo era una hechura del jefe, cobarde y sin criterio. ¿Y si decía que estaba enfermo? Pero eso era sumamente delicado y sospechoso, porque Gregor en sus cinco años de servicio no había caído enfermo una sola vez. Sin duda, el jefe se presentaría con el médico del seguro, recriminaría a los padres por la gandulería de su hijo y rechazaría todas las objeciones aludiendo al dictamen del médico, para el cual sólo existe gente perfectamente sana, pero que siente aversión



por el trabajo. ¿Y no hubiera tenido razón en este caso? En realidad, Gregor, dejando a un lado la somnolencia, realmente injustificada, porque había dormido en demasía, se sentía perfectamente bien y tenía además un hambre tremenda.

Mientras todo estos pensamientos corrían por su mente sin que él pudiera resolverse a abandonar la cama —precisamente el despertador marcaba en ese momento las siete menos cuarto—, llamaron suavemente a la puerta que se hallaba en el lado de la cabecera de la cama.

—Gregor —decía la voz; era su madre—, son las siete menos cuarto, ¿no tenías que irte?

Qué suave la voz. Pero Gregor se asustó cuando oyó la suya propia al contestar, porque era sin ninguna duda la suya de antes, pero en lo más profundo se entremezclaba con un doloroso e irreprimible aflautamiento en el que las palabras se formaban sólo en el primer instante

con claridad para, en su posterior resonancia, destruirse de tal modo que uno no sabía si había oído correctamente. Gregor hubiera querido contestar cumplidamente y aclararlo todo, pero dadas las circunstancias, se limitó a responder:

—Sí, sí, gracias, madre. Ahora mismo me levanto.

Debido a la puerta de madera, desde fuera apenas se notó el cambio que se había producido en la voz de Gregor, porque su madre se tranquilizó con esta explicación y desapareció arrastrando los pies. Pero a raíz de la conversación los demás miembros de la familia se habían dado cuenta de que Gregor, en contra de lo previsto, todavía se encontraba en casa, y pronto el padre llamó a una de las puertas laterales suavemente, pero con los nudillos.

—Gregor, Gregor —dijo—. ¿Qué sucede?

Y, al cabo de un rato, volvió a insistir con voz más profunda:

—Gregor, ¡Gregor!

Pero desde la otra puerta lateral su hermana le decía en tono suave y lastimero:

—¿Gregor? ¿Te encuentras bien?, ¿necesitas algo?

Gregor respondió dirigiéndose a las dos direcciones:

—Estoy ya listo.

E intentó, por medio de una pronunciación más cuidada y dejando largas pausas entre las palabras, hacer que su voz no sonara extraña. El padre volvió a su desayuno, pero su hermana musitó:

—Gregor, por favor, abre: te lo suplico.

Gregor no tenía la más mínima intención de abrir, y se alegró de haber tenido la precaución, aprendida en los viajes, de cerrar con llave también en casa las puertas.

Por de pronto quería levantarse en silencio sin que nadie le molestara, vestirse y, antes que nada, desayunar; luego, pensaría qué hacer a

continuación porque en la cama —se daba perfecta cuenta— sus cogitaciones no le llevarían a ninguna conclusión razonable. Recordaba que a menudo en la cama había sufrido algún ligero malestar, originado por una mala postura, que al levantarse había resultado ser pura imaginación; estaba ansioso por saber de qué modo se irían desvaneciendo poco a poco las imaginaciones de hoy. Por ello no le extrañaría lo más mínimo que el cambio de voz no fuera otra cosa que el prelude de un resfriado de primera, una de las enfermedades profesionales del viajante.

Deshacerse del cobertor fue sumamente fácil; le bastó con hincharse un poco y cayó por sí solo. Pero lo demás era difícil, sobre todo por lo insólitamente ancho que era. Hubiera necesitado tener brazos y piernas para incorporarse; pero en vez de ello sólo tenía las numerosas patitas, que estaban siempre agitadas en los más variados movimientos y que, además, no podía con-

trolar. Cuando quería doblar una determinada pata ésa era la primera que se estiraba; y cuando por fin conseguía dirigir la pata como deseaba, todas las demás se agitaban entretanto, como puestas en libertad, con la mayor y dolorosa excitación. No hay que quedarse en cama sin hacer nada, se dijo Gregor. En un principio quiso salir de la cama con la parte inferior del cuerpo, pero esta parte, que por lo demás él no había visto y de la que no se podía hacer una idea, resultó ser demasiado pesada de mover; avanzaba sumamente despacio y, cuando al final, casi irritado, haciendo acopio de todas sus fuerzas se lanzó con violencia hacia adelante, calculó mal la dirección y se golpeó violentamente contra el pie de la cama; por el dolor lacerante que experimentó supo que precisamente aquella parte inferior era en ese momento quizá la más sensible del cuerpo.

Intentó entonces sacar primero de la cama

la parte superior y giró con cuidado la cabeza hacia el borde de la cama. Lo consiguió con facilidad y, a pesar de su anchura y peso, la masa del cuerpo acabó por seguir lentamente el movimiento giratorio de la cabeza. Pero cuando por fin tuvo la cabeza del todo fuera de la cama, se asustó de seguir avanzando de esta manera porque si finalmente caía, sólo un verdadero milagro le libraría de herirse la cabeza. Y ahora precisamente de ninguna manera podía perder el conocimiento; era mejor quedarse en cama.

Pero cuando, tras realizar semejante esfuerzo, quedó tendido suspirando y de nuevo en la posición de antes, cuando, quizá con más fastidio que antes, vio de nuevo las patas pugnando entre sí con dificultad y no encontró ninguna posibilidad de poner calma y orden en este desbarajuste, se dijo de nuevo que no podía quedarse en la cama, y que lo más razonable sería sacrificarlo todo si eso le brindaba la más mínima

esperanza de liberarse así de la cama. Al mismo tiempo no dejaba de recordarse a sí mismo de cuando en cuando que más vale la reflexión tranquila y sosegada que tomar decisiones desesperadas. En momentos así dirigía la vista aguzándola cuanto podía hacia la ventana, pero por desgracia hoy había escaso margen para el optimismo y la alegría: la niebla matinal ocultaba incluso el otro lado de la estrecha calle. Ya son las siete, se dijo al sonar de nuevo el despertador. Las siete y sigue habiendo esta niebla. Y durante un rato se quedó tendido en silencio respirando débilmente, como esperando que de aquel silencio absoluto surgiesen de nuevo las circunstancias reales y acostumbradas.

Pero entonces se dijo: Antes de que sean las siete y cuarto tengo que haber salido de la cama sin falta. Además, antes incluso de esa hora, vendrá alguien de la tienda a preguntar por mí, porque el comercio abre antes de las siete. Así

que empezó a balancear de modo regular su cuerpo hacia afuera para sacarlo de la cama. Si se dejaba caer de este modo para salir de la cama, la cabeza, que durante la caída pretendía levantar al máximo, era probable que no sufriera daño. La espalda parecía dura; probablemente al caer sobre la alfombra no le ocurriría nada. La máxima inquietud se la provocaba el estrépito que se produciría, y que probablemente provocaría, al otro lado de todas las puertas, si no un susto, al menos preocupación. Pero era preciso arriesgarse.

Cuando Gregor había sacado ya medio cuerpo de la cama —el nuevo sistema tenía más de juego que de esfuerzo: bastaba con balancearse de atrás adelante— se dio cuenta de lo sencillo que habría sido todo si hubieran ido a ayudarle. Dos personas fornidas —pensaba en su padre y en la asistenta— hubieran bastado y sobrado; con que hubieran deslizado los brazos por debajo de su abombada espalda le habrían extraído

de la cama y, agachándose por el peso, sólo habrían tenido que esperar con cuidado a que se diese la vuelta en el suelo, donde cabía esperar que las patas cobraran significado. Ahora bien, dejando a un lado el hecho de que las puertas estaban cerradas con llave, ¿habría debido realmente pedir ayuda? Pese a los apuros en que se encontraba, no pudo reprimir una sonrisa al pensar en ello.

Había alcanzado ya el punto en que con un balanceo más fuerte apenas lograría mantener el equilibrio, y muy pronto tendría que decidirse de una vez, porque faltaban cinco minutos para que fueran las siete y cuarto, cuando llamaron a la puerta de la casa. Es alguien de la empresa, se dijo, quedándose paralizado mientras las patas le bailaban todavía más deprisa. Durante un instante todo quedó en silencio. No abren, pensó Gregor, desconcertado por no se sabe qué esperanza absurda. Pero naturalmente a continuación

vino como siempre el paso firme de la señora de la limpieza que se dirigió a la puerta y la abrió. A Gregor le bastó con oír el primer saludo del visitante para saber de quién se trataba: era el mismísimo apoderado. ¿Por qué estaba Gregor condenado a trabajar en una empresa en la que la más mínima ausencia daba lugar a que cayeran sobre uno las peores sospechas? ¿Eran todos los empleados sin excepción un hatajo de canallas? ¿No podía haber entre ellos ningún empleado de confianza, entregado a su trabajo, que sufriera remordimientos por haber desaprovechado para la empresa un par de horas de la mañana y, efectivamente, no se encontrara en condiciones de abandonar la cama? ¿Es que no bastaba con enviar a un aprendiz a indagar, si es que resultaba necesaria tanta indagación? ¿Tenía que desplazarse allí el propio apoderado indicando con ello a toda la familia, que ninguna culpa tenía, que la investigación de este dudoso

asunto sólo podía someterse al juicio del apoderado? Más por la excitación que estas cavilaciones le causaban que como resultado de una verdadera decisión, Gregor se impulsó fuera de la cama con todas sus fuerzas. Se produjo un sonoro golpe, pero no un verdadero estrépito. La caída se vio amortiguada un poco por la alfombra, pero además la espalda era más elástica de lo que Gregor había pensado y por ello no se produjo más que un ruido sordo y poco escandaloso. Solamente con la cabeza no había tenido suficiente cuidado y se había golpeado; le dio la vuelta y la frotó en la alfombra enfadado y dolorido.

—Ahí dentro ha caído algo —dijo el apoderado en la habitación contigua, que estaba situada a la izquierda.

Gregor trataba de imaginarse si al apoderado no podría pasarle siquiera una vez lo mismo que a él le sucedía hoy; la posibilidad al menos había que admitirla. Pero el apoderado, como

en contundente respuesta a esta pregunta, avanzó dos pasos decididos hacia la puerta haciendo crujir sus botines de charol. En la habitación de la derecha su hermana susurraba:

—Gregor, que el apoderado está aquí.

—Ya lo sé —respondió Gregor para sí, sin atreverse a levantar la voz como para que la hermana lo hubiera podido oír.

—Gregor —dijo ahora el padre desde la habitación de la izquierda—, el señor apoderado ha venido a casa y desea saber por qué no has tomado el primer tren. No sabemos qué decirle. Además, quiere hablar personalmente contigo. Así que haz el favor de abrir la puerta. Él tendrá la amabilidad de disculpar el desorden de la habitación.

—Buenos días, señor Samsa —interrumpió a voces pero con voz amable el apoderado.

—No se encuentra bien —le dijo la madre mientras el padre seguía hablando junto a la

puerta—, no se encuentra bien, créame, señor apoderado. ¡Cómo iba a haber perdido Gregor si no el tren! El muchacho no tiene en la cabeza otra cosa que el trabajo. A veces casi me enfado de que nunca salga por la tarde; ahora llevaba ocho días en la ciudad pero todas las tardes se las ha pasado en casa. Se queda sentado con nosotros en la mesa y lee en silencio el periódico o estudia horarios del ferrocarril. Los trabajos de marquetería son también una distracción para él. En dos o tres tardes, sin ir más lejos, ha tallado un marco pequeño; ya verá lo bonito que es; lo tiene colgado en su habitación; ahora mismo lo verá cuando Gregor abra. Mire, me alegro de que esté aquí, señor apoderado: nosotros solos no hubiéramos conseguido que abriera la puerta; con lo terco que es, y seguro que no se encuentra bien, aunque esta mañana se haya negado a reconocerlo.

—Que ya voy —dijo Gregor despacio, con

cautela y sin moverse para no perder una palabra de la conversación.

—Estimada señora, de otro modo tampoco yo puedo explicármelo —dijo el apoderado—. Esperemos que no sea nada grave. Por otro lado, he de decir que nosotros, la gente del comercio, muy a menudo —para bien o para mal, según se mire—, debemos saber sobreponernos, por respeto a la profesión, a un ligero malestar.

—Bueno ¿puede entrar ya el apoderado? —preguntó el padre, impaciente, volviendo a llamar a la puerta.

—No —dijo Gregor.

En la habitación de la izquierda se produjo un embarazoso silencio; en la de la derecha, su hermana comenzó a sollozar.

¿Por qué su hermana no iba con los demás? Era probable que se acabara de levantar y aún no hubiera comenzado a vestirse. ¿Pero por qué lloraba? ¿Era porque él no se levantaba y no

dejaba entrar al apoderado? ¿Porque corría el riesgo de perder el empleo y el jefe volvería a entablar contra sus padres las viejas demandas? De momento esas preocupaciones no venían a cuento. Gregor seguía allí con ellos y no se le ocurría ni por asomo dejar a la familia en la estacada. Si bien en aquel instante se hallaba tendido sobre la alfombra, nadie que hubiera conocido su situación habría pretendido seriamente que dejara entrar al apoderado. Pero por esta pequeña descortesía, para la que más tarde ya encontraría la excusa oportuna, no se le podía despedir sin más ni más. Y Gregor consideraba que era más razonable que le dejaran tranquilo y no anduvieran importunándole con lloros y argumentaciones. Pero era precisamente la incertidumbre lo que atribulaba a los demás y eso disculpaba su modo de comportarse.

—Señor Samsa —gritó ahora el apoderado elevando más la voz—, ¿qué es lo que sucede? Se

atrinchera usted en su habitación, responde con monosílabos, da un disgusto innecesario a sus padres y, por qué no decirlo, incumple sus obligaciones profesionales de una manera verdaderamente insólita. Hablo ahora en nombre de sus padres y de su jefe y le pido formalmente una explicación inmediata y terminante. Estoy atónito: atónito de veras. Le creía a usted una persona sosegada y razonable pero ahora de pronto le da por empezar a manifestar un carácter estrafalario. Esta misma mañana nuestro jefe me ofreció una explicación plausible de su ausencia, señor Samsa: se refirió a un cobro que se le ha encomendado a usted hace poco... pero yo casi empecé mi palabra de honor en que esta explicación no podía ser cierta. Ahora me encuentro aquí con su inconcebible cabezonería y se me quitan del todo las ganas de abogar por usted en lo más mínimo. Y su situación no es la más segura. En un principio me había propuesto que lo

que hablásemos quedara entre nosotros, pero dado que me está haciendo malgastar el tiempo, no veo por qué sus padres no deben oírlo: su rendimiento en los últimos tiempos ha sido muy insatisfactorio; desde luego no es la época del año de hacer grandes negocios, lo reconocemos, pero una época del año en que no se haga ninguno es algo que no puede suceder, señor Samsa, que no debe suceder.

—Pero, señor apoderado —dijo Gregor fuera de sí, y en su excitación olvidó todo lo demás—: le abro la puerta ya, ahora mismo. Ha sido un ligero malestar, un mareo, lo que me ha impedido levantarme. Estoy aún en la cama. Pero ahora me encuentro ya como nuevo. Mire, incluso salgo de la cama. ¡Tenga sólo un poquito de paciencia! Bueno, no me encuentro aún tan bien como pensaba, pero me siento bastante bien. ¡Cómo le puede suceder esto a uno! Ayer mismo por la noche me encontraba perfectamente, mis

padres lo saben bien... mejor dicho, ayer por la noche tuve ya un pequeño presentimiento. Hubiera bastado con mirarme para verlo. ¿Por qué no fui a la oficina a decirlo? Claro, uno siempre piensa que la enfermedad se pasará sin necesidad de quedarse en casa. Señor apoderado, tenga consideración con mis padres. No existe motivo alguno para todos los reproches que me hace ahora, nadie me ha dicho una palabra sobre el asunto. Quizá no haya leído los últimos pedidos que le he enviado. Mire, voy a tomar el tren de las ocho y emprender el viaje; estas dos horas de descanso me han dado fuerzas. No se entretenga más, señor apoderado, enseguida estaré en la tienda, así que tenga la amabilidad de comunicarlo y de presentarle mis respetos al jefe.

Y mientras profería apresuradamente todo esto sin apenas darse cuenta de lo que decía, Gregor había conseguido aproximarse a la cómoda, gracias a los ejercicios ya efectuados en la

cama, y trataba ahora de ponerse en pie apoyándose en ella. Quería de verdad abrir la puerta, quería de verdad que le vieran y hablar con el apoderado, estaba deseoso por saber lo que los demás, que ahora tanto reclamaban su presencia, dirían al verle. Si se espantaban, entonces ya Gregor quedaría libre de toda responsabilidad y podría sentirse tranquilo. Si lo tomaban con calma, entonces no tendrían ningún motivo para exasperarse y podría, si se apresuraba, estar realmente a las ocho en la estación. Al principio resbaló varias veces sobre la superficie lisa de la cómoda, pero al final se dio un último impulso y quedó de pie; no reparaba ya en el dolor del abdomen, aunque le dolía como una quemadura. Luego se desplomó contra el respaldo de una silla cercana, a cuyo bordes se aferró con sus patitas. Así había conseguido el necesario control sobre sí mismo y ahora enmudeció porque podía oír al apoderado.

—¿Han entendido ustedes una palabra de lo que ha dicho? —preguntaba el apoderado a los padres—. ¿No nos estará gastando una broma?

—¡Por Dios bendito! —exclamó la madre entre sollozos—. Quizá se encuentre gravemente enfermo y le estamos torturando. ¡Grete! ¡Grete! —gritó luego.

—¿Madre? —respondió la hermana desde el otro lado.

Se comunicaban a través de la habitación de Gregor.

—Tienes que ir de inmediato a buscar al médico. ¿Has oído la voz de Gregor?

—Parece la voz de un animal —dijo el apoderado en un tono llamativamente bajo si se comparaba con los gritos de la madre.

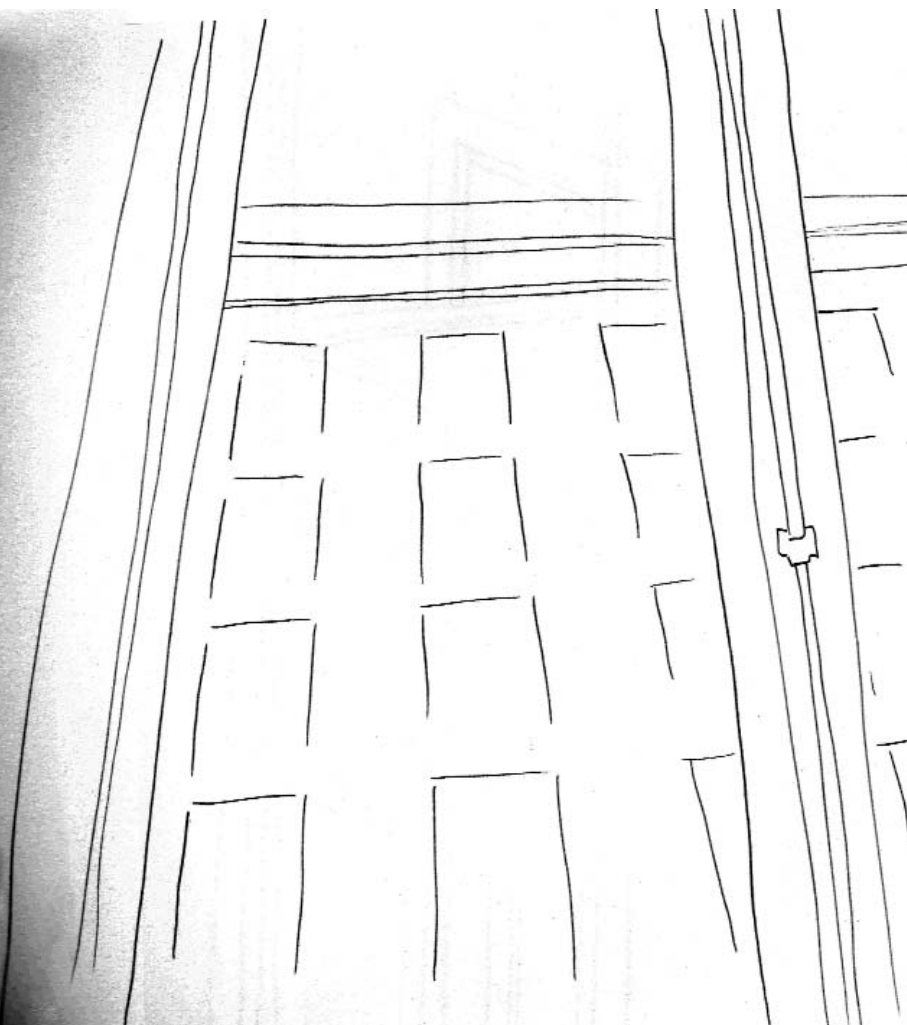
—¡Anna, Anna! —gritó el padre palmoteando en dirección a la cocina, situada más allá del vestíbulo—. Rápido, ve a buscar a un cerrajero.

Y enseguida atravesaron el vestíbulo las dos mujeres con un crujido de faldas —¿cómo se había vestido su hermana tan deprisa?— y abrieron de golpe la puerta de la casa. No se oyó que cerraran: la habrían dejado abierta, como se suele hacer en la viviendas en que ha ocurrido una gran desgracia.

Sin embargo, Gregor estaba ahora mucho más tranquilo. No entendían sus palabras —pese a que las habían parecido bastante claras, más claras que antes, aunque quizá porque el oído se le había habituado— pero al menos ahora ya sabían que había algo que no marchaba del todo bien con él, y estaban preparados para ayudarle. La confianza y seguridad con que se habían dictado las primeras instrucciones le hicieron bien. Se sentía de nuevo acogido por la comunidad humana y esperaba de la intervención del médico tanto como del cerrajero, a los que consideraba como un todo indisociable, resultados sorpren-

dentes y espectaculares. A fin de tener la voz lo más clara posible en las conversaciones que se avecinaban y que serían decisivas, hizo un carraspeo pero cuidando de atenuarlo del todo ya que era posible que tampoco ese ruido sonara como una tos humana, pues él mismo ya no confiaba en poder distinguir una de otra. Entretanto, en la habitación contigua se había hecho un silencio total. Quizá sus padres estaban sentados a la mesa cuchicheando con el apoderado, o quizá estaban todos agazapados junto a la puerta escuchando.

Gregor se fue desplazando despacio con el sillón hasta la puerta; lo dejó allí, se lanzó contra la puerta, se mantuvo erguido apoyado contra ésta —las yemas de sus extremidades tenían un poco de una sustancia adherente— y se quedó recuperándose allí un momento del esfuerzo. Entonces comenzó a hacer girar con la boca la llave en la cerradura. Lamentablemente Gregor



no tenía nada que se asemejara a unos dientes —¿cómo podía sujetar la llave?—, pero las mandíbulas parecían bastante fuertes, y sirviéndose de ellas consiguió efectivamente mover la llave sin darse cuenta de que se estaba lastimando, pues empezó a salirle un líquido marrón de la boca que se derramó por la llave y goteó al suelo.

—Escuchen —dijo el apoderado en la habitación contigua—, está haciendo girar la llave.

Esto para Gregor supuso un gran estímulo, pero es que los demás también tenían que haberle animado: también el padre y la madre. Adelante, Gregor —tendrían que haber dicho—: ¡Dale a la cerradura, duro con ella! Y con la idea de que todos sus esfuerzos eran seguidos con emoción, se aferraba ciegamente a la llave con todas las fuerzas que pudo reunir. A la vez que daba vuelta a la llave giraba él en torno a la cerradura; ahora ya sólo se mantenía de pie sujeto por la boca, y cuando era preciso, se colgaba de la llave

o volvía a empujarla hacia dentro con todo el peso de su cuerpo. El chasquido de la cerradura al saltar hizo por fin despertar de golpe a Gregor. Respirando a fondo se dijo a sí mismo: no he necesitado al cerrajero, y apoyó la cabeza sobre el picaporte para abrir la puerta por completo.

Al tenerla que abrir de esa manera, la puerta se hallaba ya abierta del todo pero a él mismo no se le veía. Primero hubo de girar despacio sobre sí mismo en torno a la hoja de la puerta, y esto con sumo cuidado, si no quería caerse torpemente boca arriba precisamente a la entrada de la habitación. Se hallaba aún afanado en estos delicados movimientos, sin tiempo para ocuparse de otra cosa, cuando escuchó cómo el apoderado, que estaba más cerca de la puerta, exhalaba en voz alta un «oh» que sonó como cuando sopla el viento, y al verle se llevó la mano a la boca abierta y retrocedió lentamente como arrastrado por una fuerza invisible y de intensidad

constante. La madre, que pese a la presencia de apoderado estaba allí con el cabello encrespado y desordenado como si acabara de levantarse, miró primero a su marido juntando las manos, avanzó después dos pasos hacia Gregor y se desplomó luego sobre sus faldas desparramadas a su alrededor, con el rostro oculto, hundido en el pecho. El padre apretó el puño en gesto hostil, como queriendo devolver a Gregor a su cuarto, dirigió luego una mirada insegura hacia atrás al cuarto de estar, se cubrió los ojos con las manos y rompió a llorar haciendo que se agitara su robusto pecho.

Por ello Gregor no entró en el cuarto de estar sino que se asomó desde el interior de su cuarto apoyado en el batiente que se mantenía cerrado, de modo que sólo resultaba visible la mitad de su cuerpo con la cabeza en lo alto inclinada lateralmente y con la cual oteaba hacia donde estaban los demás. Entre tanto la claridad había aumentado mucho: al otro lado de la calle

se recortaba nítidamente una parte del edificio de enfrente, interminable y de un gris negruzco —era un hospital—, con sus ventanas regulares que rompían brutalmente la fachada; la lluvia seguía cayendo, pero ahora con gotas gruesas, visibles individualmente y como lanzadas al suelo por separado. Las innumerables piezas de la vajilla del desayuno seguían sobre la mesa, porque para el padre el desayuno era la comida más importante del día y se consagraba a él durante horas con la lectura de diferentes diarios. De la pared de enfrente colgaba una foto de Gregor de sus años en el Ejército en la que aparecía con uniforme de teniente; con la mano en el espadín, sonreía con aire despreocupado, parecía exigir respeto para su porte y uniforme. La puerta del vestíbulo estaba abierta y, al estar abierta también la puerta de la vivienda, se veían al fondo el descansillo exterior y algunos peldaños de la escalera.

—Bien —dijo Gregor, y se daba perfecta cuenta de que era el único que había mantenido la calma—, me visto ahora mismo, guardo las muestras y me pongo en marcha. ¿Quieren que me marche, de verdad quieren que me marche? Bien, señor apoderado, ya ve que no soy terco y que me gusta trabajar; viajar es cansado pero no podría vivir sin los viajes. ¿A dónde se dirige ahora, señor apoderado? ¿A la oficina? ¿Sí? ¿Dará cuenta de todo de modo verídico? Uno puede verse imposibilitado para trabajar en un momento dado, pero precisamente ése el momento de recordar su anterior rendimiento y considerar que después, desaparecidos los obstáculos, trabajará con más ahínco y concentración. Me siento en deuda con el jefe, lo sabe usted perfectamente. Y además, estoy preocupado por mis padres y por mi hermana. Estoy en apuros, pero me las arreglaré. No lo haga más difícil de lo que es. ¡Póngase de mi lado en la oficina! A los viajeros no se nos quiere, ya

lo sé. Piensan que ganamos un dineral y que vivimos de maravilla. La gente no tiene motivo especial para replantearse este prejuicio. Pero usted, señor apoderado, usted tiene una perspectiva mejor de las cosas que el resto de la gente y digamos, en toda confianza, una perspectiva mejor que la del propio jefe, que, en su calidad de empresario, fácilmente puede confundirse en su opinión negativa acerca de un empleado. Usted sabe de sobra que los viajeros, que pasan casi todo el año fuera de la oficina, son presa fácil de habladurías, casualidades y quejas sin motivo contra las cuales no les es posible defenderse, dado que en la mayoría de los casos ni siquiera llegan a sus oídos; luego, cuando regresan a casa agotados de un viaje, empiezan a detectar en carne propia las consecuencias de un mal cuyos motivos no alcanzan ya a comprender. Señor apoderado, ¡no se vaya sin decirme una palabra que me indique que, al menos en parte, me da la razón!

Pero ya desde las primeras palabras el apoderado se había dado media vuelta, y con los hombros encogidos se volvía a mirar a Gregor sacando los labios hacia fuera. Y mientras Gregor hablaba no paraba quieto un momento, sino que, sin apartar la mirada de él, se dirigía hacia la puerta, pero muy despacio, como si se hubiera dictado una prohibición secreta de salir de la habitación. Pronto llegó al vestíbulo y viendo el repentino movimiento con que despegó el pie del suelo del salón hubiera podido creerse que la suela le ardía. Llegado al vestíbulo, extendió la mano derecha hacia adelante, hacia la escalera, como si allí le esperase una liberación verdaderamente sobrenatural.

Gregor comprendió que no podía de ningún modo permitir que el apoderado se marchara en aquel estado de ánimo si no quería poner en peligro con ello su situación en la empresa. Los padres no comprendían todo esto

demasiado bien; a lo largo de los años se habían convencido de que Gregor trabajaría en aquella empresa durante toda la vida, y estaban tan absortos en las preocupaciones actuales que no preveían esa eventualidad. Pero Gregor sí la preveía. Urgía retener al apoderado, era preciso tranquilizarle, convencerle y acabar por ganárselo. El futuro de Gregor y el de su familia dependían de ello. ¡Si al menos hubiera estado allí su hermana! Ella era sensata; había llorado antes cuando Gregor yacía en silencio boca arriba. Y seguro que el apoderado, con lo mujeriego que era, se habría dejado convencer; su hermana habría cerrado la puerta principal y en el vestíbulo le habría convencido de que su miedo era infundado. Pero su hermana no estaba allí y Gregor tendría que arreglárselas por sí mismo. Y sin pararse a pensar en que no conocía bien su actual capacidad para moverse, sin pararse a pensar tampoco en que era posible —probable incluso—

que sus palabras tampoco se hubieran entendido ahora, abandonó el batiente de la puerta y se lanzó por la abertura de la puerta. Quería alcanzar al apoderado, que ya se encontraba en el rellano aferrado de modo ridículo con ambas manos a la barandilla; pero Gregor cayó enseguida de bruces buscando un punto de apoyo, profiriendo un grito ahogado al notar debajo sus numerosas patas. Nada más ocurrir esto, sintió por primera vez aquella mañana un bienestar en su cuerpo; las patas pisaban un suelo firme, obedecían plenamente, como él comprobaba con alegría; después, trataban incluso de llevarle a donde él quería, e inmediatamente pensó que se encontraba ante la mejora definitiva de todos sus males. Pero en el mismo instante en que se balanceaba por el movimiento contenido, casi al lado de donde yacía en el suelo su madre, que parecía tan absorta, ésta se levantó de un salto por los aires con los brazos abiertos del todo y

los dedos extendidos en todas direcciones a la vez.

—¡Socorro, por el amor de dios, socorro!
—gritó al tiempo que agachaba la cabeza como para ver mejor a Gregor, pero corriendo de modo insensato y contradictorio hacia atrás.

Olvidó que tras de sí estaba puesta la mesa; al llegar a ella, se sentó encima apresuradamente como distraída: no parecía darse cuenta en absoluto de que a su lado se derramaba sobre la alfombra el café de la gran cafetera derribada.

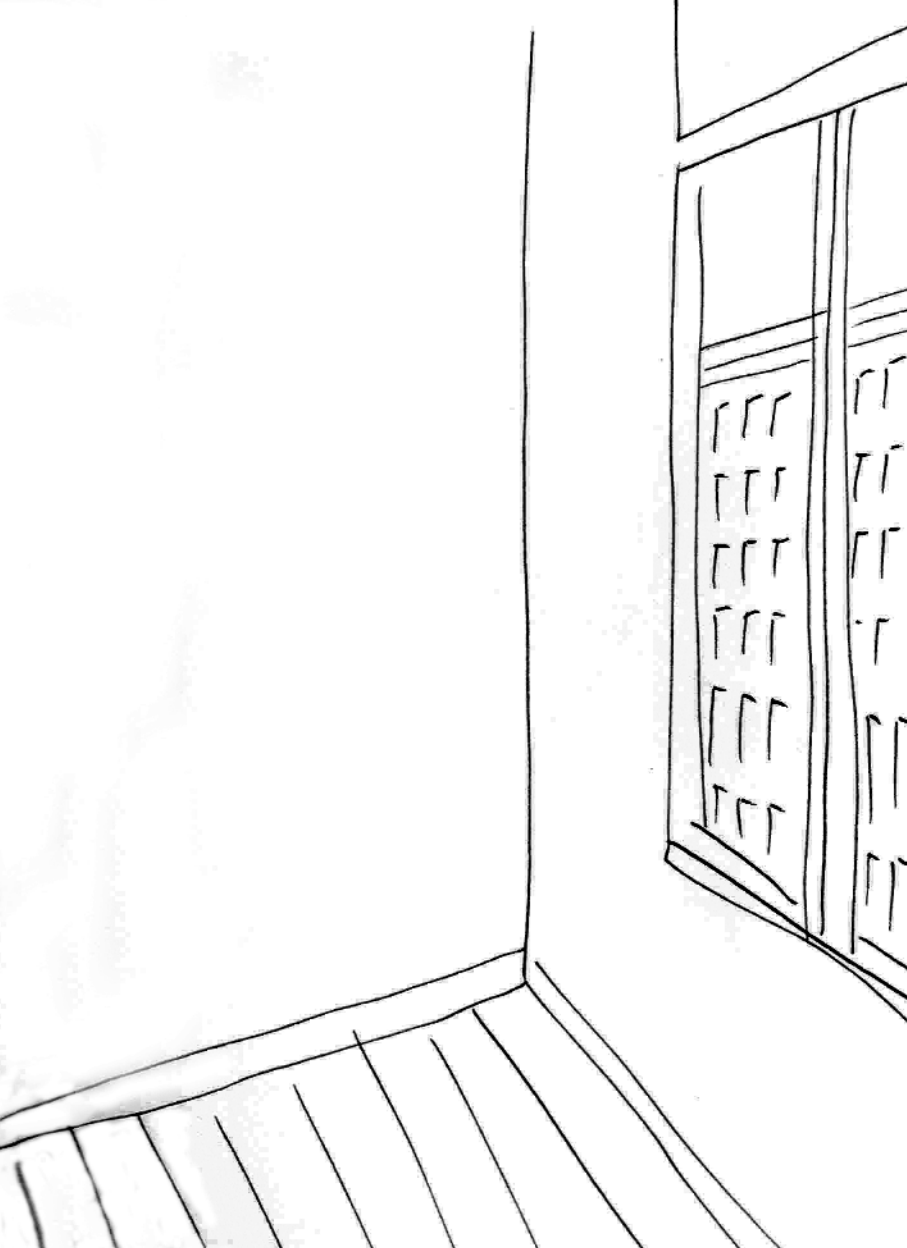
—Madre, madre —dijo Gregor suavemente, mirándola desde abajo.

Por un momento se había olvidado por completo del apoderado, pero al ver el café que se derramaba, no pudo evitar boquear varias veces en el vacío con sus mandíbulas. Al verlo, su madre volvió a gritar, se alejó de la mesa y cayó en los brazos del padre, que corría hacia ella. Pero ahora Gregor no tenía tiempo para sus

padres; el apoderado estaba ya en la escalera y, con el mentón apoyado en la barandilla, se volvía a mirarles por última vez. Gregor cogió impulso para alcanzarle de la manera más segura posible, pero el apoderado debió de recelar algo porque dio un salto de varios escalones y desapareció.

—¡Uf! —gritó aún, y resonó en toda la escalera.

Por desgracia, al padre, que hasta el momento había parecido relativamente calmado, esta huida del apoderado pareció confundirle del todo, porque en lugar de correr él mismo detrás del apoderado o al menos no impedir que Gregor le siguiera, empuñó con la mano derecha el bastón del apoderado, que se había dejado olvidado en la butaca junto con el sombrero y el sobretodo, cogió con la izquierda un gran periódico de la mesa, y dando pisotones y agitando el bastón y el periódico se puso a empujar a



Gregor de nuevo a su habitación. Los ruegos de Gregor no sirvieron de nada, sus ruegos no fueron comprendidos; por más que agachara la cabeza humildemente, el padre golpeaba el suelo aun más fuerte con los pies. Al otro lado, la madre, pese a que el tiempo era frío, había abierto una ventana, asomándose todo lo que podía, se cogía la cara entre las manos. Se produjo una fuerte corriente de aire entre la calle y la escalera, las cortinas se levantaban, los periódicos que estaban en la mesa crujieron y algunas hojas se desparramaron por el suelo. Implacable, el padre le empujaba emitiendo silbidos como un loco. Pero Gregor no se había ejercitado para andar hacia atrás y se movía realmente despacio. Si hubiera sabido darse media vuelta habría llegado ya a su cuarto, pero temía impacientar a su padre con el lento movimiento giratorio, y en todo momento temía que el bastón que su padre enarbolaba le propinara el golpe mortal en el

lomo o en la cabeza. Al final no le quedó a Gregor alternativa porque se dio cuenta con horror de que al andar hacia atrás no lograba en absoluto mantener la dirección; así que comenzó a girarse —mirando de lado incesantemente angustiado hacia el padre— lo más rápido que pudo aunque, en realidad, muy despacio. Acaso se percatara el padre de sus buenas intenciones, porque ahora ya no le importunaba sino que dirigía desde lejos con el extremo del bastón para un lado y para otro el movimiento circular. ¡Si al menos no estuviera ahí ese insoportable silbido del padre! A Gregor le ponía absolutamente fuera de sí. Se había girado ya casi del todo cuando, escuchando el constante silbido, llegó incluso a confundirse y retrocedió unos pasos. Pero cuando llegó por fin felizmente con la cabeza a la abertura de la puerta, resultó que el cuerpo era demasiado ancho para pasar sin más. Era natural que a su padre, en aquel estado

de ánimo, ni se le ocurriera abrir el otro batiente para dejar el espacio que necesitaba Gregor. Su idea fija era sencillamente que Gregor se tenía que meter en la habitación con la mayor celeridad posible. De ningún modo le hubiera permitido realizar los enojosos preparativos que Gregor precisaba para ponerse de pie y pasar así la puerta. Antes al contrario, le azuzaba incrementando ese ruido para que siguiera adelante, como si no hubiera ningún obstáculo; lo que Gregor oía detrás no sonaba ya como la voz de un solo padre; ahora se habían acabado las bromas y Gregor se apretujó —no había otro remedio— para entrar por la puerta. Un lado del cuerpo se levantó y quedó de canto en el vano con uno de los costados dañado por completo, dejando unas manchas repugnantes en la puerta, que era blanca; al poco se quedó encajado y él solo no hubiera podido moverse —las patas de uno de los lados no paraban de moverse en el

aire, las otras estaban dolorosamente comprimidas contra el suelo— de no ser porque su padre le propinó desde atrás un fuerte empujón, ahora sí verdaderamente liberador, que le hizo entrar volando, sangrando copiosamente, al fondo de la habitación. La puerta, empujada también por el bastón, se cerró y por fin hubo silencio.